

## Prosa religiosa de Gabriela Mistral

Editorial

Andrés Bello

Toda gran poeta es siempre, pónganlo o no, sépalo o lo ignore — una emanación religiosa. Desde luego, la poesía es un acto de fe en las cosas, puesto que las canta y las ensalza, y otra acto de esperanza, pues se vuelve hacia ellas con profunda certeza de que existen y porque entienden el espíritu, sobre el cual derraman su conciencia y su belleza.

La aservación del salmista de que las cosas "cantan la gloria de Dios" es, por eso, profundamente cierta, y de la armonía de la palabra, del entretejimiento de las metáforas, de la corrección que el verbo establece entre las cosas, señalando su misma hermandad, su pertenencia a un cosmos del que son como las letras de una misma trama, brota esa forma de alabanza que es el poema.

Es la impresión que deja en el ánimo la lectura de la "Prosa religiosa de Gabriela Mistral", que con tanto amor como agradable sentido de su importancia fue recogida devotamente por Luis Vargas Savarreda.

"Gabriela nació y vivió en su Edén lejano y como encerrada en su propia quietud. No recibió una formación religiosa firme y sistemática, pero si tuvo la suerte de pertenecer a un hogar cristiano y, sobre todo, de contar con una abuela que leía diariamente la Biblia y hablaba a la niña, que presenta en ella a una gran maestra, a la lectura del maravilloso libro".

"Yo no sé por qué razón", confía en una página que titula "Mi contacto con la Biblia", a la altura de esos años de 1900, una vieja católica, de catolicismo provincial, podía ser una chilena con Biblia, y no sólo con Biblia leída, sino con texto sacro oral, aprehendido de memoria en lenguas largas... La frecuentación de la lectura religiosa, que era en ella cotidianeidad, como el comer, había construido en esa vieja de 70 años, a la vez fuerte e inválida, de rostro toscu y decadente un tiempo, chilena en los huesos y medio nómada en la alta estatura, en color rojo y en ojos claros, la pasión de leer textos bíblicos, hasta dado a esa abuela prensitud en el vivir y un fervor de sarras acudiendo en el armazón de una casa muerta.

De este lote de virtudes expresionales de la Biblia, parecerá que las que más me hayan arrancado sean la intensidad y cierto despojo que no sólo aparta el adorno, sino que va en desmedro puro. Heredera del español de América, es decir, de una lengua un poco adiposa, la Biblia me prestó su condición de dardo verbal, su urgido canal de venia caliente. Ella me arqueó para toda la vida de la elegancia vana y viciosa en la escritura y me puso de breves a beber sobre el mamámo de la palabra viva, yo diría que me echó sobre un tema a aspirarle precho a precho el resuello vivo".

De allí mana la severidad, la solemnidad y majestuosa poesía de Gabriela, así como esta prosa que tiene algo



Monte Grande, el pueblo natal de la ilustre mestiza

de abasto profético y de cumbre didáctica. Porque la religiosidad que le dicta estas páginas, en enella una adoración de que consiste en "la saturación de que ha hecho en la mente la idea del alma", pues mientras la materia está allí distante nuestro, extendida en la naturaleza con todo su espíndor, aquella blanca en esa naturaleza, su sentido oculto para acabar llamándola al escenario maravilloso trazado por Dios para que en él trabajase nuestra alma.

Por la debilidad de su formación y el anhelo espiritual, algún día se acuerda a la lessona, para volver desdoblada y desencantada de su vacuidad. Las páginas en que se describe a Krishnamurti, la lucha de Annie Besant por presentarla como fundadora de una religión, son despreciablemente caricaturescas.

Los poemas del "místico" respiran un optimismo legumbresamente tiédo y tienen "una sentimentalidad de vulgar cretina estampada". Por último, Krishnamurti abandona su "misión" y se disuelve como un norteamericano más en la masa estadounidense.

En cambio, los retratos y perfiles que consagra a Vicente de Paul, a San Juan Bautista de la Cruz, al Cura de Ars, a Teresita de Lisieux, y al papa Santo Tomás, el de la dada, son de una belleza sola comparable a los "Motivos de San Francisco". No se sabe qué admiran más, si la finura del dibujo, la per-

fección del personaje, la identificación de su misión, o la risueña del idioma, del cual van saliendo, como de un surtidor musical, severo y erecto, las reflexiones más puras y el lenguaje más delgado y vertical.

Ser Juana, la poeta de México, es una intelectual, una temible erudita, filóloga, teóloga, amante de la ciencia, tocando en su dulzura humana, hasta que un día abre los ojos ante tanta variedad mental. Entonces busca la honestidad, quiere hacer las labores más ingratas del convento, como lavar platos, curar enfermedades, contagiosas y curar el duro sarco. Entonces dejó los libros y en sus tareas contrae la súcia peste. De ella muere, sin una queja. "Mingresa la muerte", dice Gabriela, que jugaba al pie de los volcanes en las fuentes de Neptuno; casi fabulosa la joven aguda de la corte virreinal; admirable la monja docta, pero grande, por sobre todas, la monja que, liberada de la vanidad intelectual, olvida tama y letitras, y sobre la cara de los pestillos revogue el siglo de la muerte y muere vuelta a su Cristo como a la sunsa bellaza y la apacigüadora Verdad".

La estampa de Vicente de Paul concluye así: "A pesar de los fieles jacobinos, lascivos y bolchevistas de 1828, bien vivo está Monseñor Vicente, cuyo nombre de tres silabas salta siempre en la sala de crujía de la misa, que han abierto como un árbol y que ronca llorando Padre a Leon, si

a Leoncio — que quiso implantar la enseñanza antirreligiosa; ni al pedante Estado loco". La silueta del Cura de Ars, simple santo, transparente, le arranca páginas semejantes, solo comparables a las que le inspiran la infantil y adorable Teresita de Lisieux. Pero son "Los Motivos de San Francisco" sus páginas cumbres. Yo Francisco, le dice en "La Alondra", querías que lleváramos el vuelo vertical, sin el zigzag hacia las cosas donde nos ponemos coetáneos. Somos perdidos. Francisco. Amamos montaña surco tibio. Nuestra consumière. Nos empujamos en la alabanza como se empujan las hierbas, la más alta llega nos hasta las pestañas altas. Salival muerte somos aquí verde, ya que el cuerpo no se apega nunca más a nosotros como tierra pesada de surco.

Por esa calera resonar este libro, haciendo ondular la frase sobre "el sentido religioso de la vida". —Estoy alegre, dice el hombre de fe, porque trabajo en este altar de Dios que es el mundo. El quiere mirar verdes las tierras de labor y me empuja hacia los surcos en los que quedó hasta que se van bormando e sembra. Estoy alegre de servirle y cantar en el extremo de la potencia, como canta el papá en la punta temblorosa de su ramo. La voz fuerte de este mi Señor, es a veces misteriosa y otras veces mi lágrima que ruge.

Fernando Durán V.

# **Prosa religiosa de Gabriela Mistral. [artículo] Fernando Durán V.**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Durán V., Fernando, 1908-1982

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1979

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Prosa religiosa de Gabriela Mistral. [artículo] Fernando Durán V.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)